SIENTE

Angela Ordaz

Capítulo 1

Despierto con un grito y abro los ojos al instante.

-¿Dónde estoy?- pregunto, pero al cabo de unos segundos me doy cuenta que estoy sola; no puedo moverme, volteo a todos lados, estoy en un cuarto tan blanco que puedo ver mi reflejo en el techo.

Intento moverme una vez más, me siento tan débil, cierro los ojos para relajarme y entonces un recuerdo me consume…

Estoy en una habitación, sentada en una silla de madera, mis manos están atadas a ambos lados de ella, veo unos dientes que se ponen muy cerca de mí, me susurran algo que no logro entender, después me inyecta un líquido que hace que mi sangre queme por dentro,

El dolor del recuerdo me hace volver a la realidad.

Abro los ojos, de nuevo en un grito, que se convierte después en un susurro -Yo soy el secreto-le digo a mi reflejo en el techo.

Por fin puedo levantarme y por primera vez, noto que llevo puesta solo una bata blanca; al parecer siempre estuve acostada sobre una cama de metal.

Algo extraño pasa, tengo frío, pero no como si estuviera bajo la fría lluvia, este frío viene desde mi interior, algo se acerca.

Miro hacia la puerta, mis instintos dicen que debo luchar, pero extrañamente mi cuerpo no responde, estoy paralizada, ¿¡qué pasa!? le grito a mi interior; la manija de la puerta se mueve, mi cuerpo sigue en el mismo lugar y yo sigo luchando.

La puerta se abre, es él, si, el de mi recuerdo, me sonríe con esos dientes impecables pero siniestros, de él emana algo aterrador, lo sé, pero no tengo miedo, se acerca lentamente a mí, empiezo a examinarlo: está vestido completamente de negro, excepto por su camisa blanca y corbata azul; su piel es muy blanca, como si los rayos de sol jamás hubieran tocado su rostro, sus ojos son muy azules pero son de hielo porque a pesar de esa sonrisa que no ha salido de él, sus ojos no expresan nada, parece que cada emoción que alguna vez tuvo, se extinguió para siempre. Sus ojos y los míos se encuentran por un breve instante y a parto la mirada, porque en ese momento mi corazón sintió algo, dolor.

Por fin escucho su voz, tan grave como la imaginé -Tu eres el secreto- me dice sonriendo, las palabras no salen de mí, así que sólo logro lanzarle una mirada de desprecio y confusión, intento hablar pero de nuevo mi

cuerpo no me responde, lucho, ¿¡qué me estás haciendo!? , le grito con todas mis fuerzas pero las palabras siguen sin salir, sigo en el mismo lugar desde que llegó, de pie observándolo, se acerca a mí para susurrarme algo:

-Cae- me dice al oído y todo se vuelve negro.

Despierto en un lugar diferente, es un cuarto de concreto, iluminado por luces fluorescentes, estoy en la silla de madera de mi último recuerdo, pero esta vez no estoy amarrada. El chico de dientes siniestros y corbata azul, se encuentra detrás de mí, no lo he visto pero lo siento en cada parte de mi ser, es tan real que me asusto.

-Un secreto, eso quiero de ti-me dice de nuevo susurrándome al oído.

-¿Quién eres?- le pregunto, sorprendida por el sonido de mi voz que no escuchaba desde hace mucho

-¿Acaso importa?, lo único que necesitas saber, es por qué estás aquí– solo lo observo, midiendo sus palabras, sintiendo peligro en cada una de ellas.

-¿Qué hago aquí?- lo reto, fingiendo no tener miedo, a pesar de sentirlo más que nunca. De nuevo me sonríe pero su sonrisa termina en una carcajada.

-¿Qué se siente tener miedo?- dice, mientras camina alrededor mío jugueteando con su corbata, pasándola por mi cuello y curiosamente con cada roce, el miedo que había sentido, se intensifica más, haciéndome estremecer.

Estoy a punto de contestar, cuando noto que ha desaparecido, me siento aliviada, cierro los ojos para relajarme, pero de repente siento su presencia de golpe, sus ojos están sobre los míos cuando los abro y de nuevo esa estúpida sonrisa.

-¡MIEDO!-me grita-. ¿Qué significa tener miedo?

Estoy tan aterrada que esta vez no puedo ocultarlo.

-¡Esto!-señalo mi cara-. Todo lo que ves en mí, es miedo, el sudor en mi frente, ve mis ojos, están alerta, están brillosos, mi expresión, mi cuerpo temblando, todo esto es miedo y eso es lo que tú me provocas.

El de la corbata, sonríe y se va, dejándome sola, con miedo.

Y esto se convierte en una rutina, todos los días despertando en el cuarto blanco o en el cuarto de concreto, donde juega con mis emociones

dejándolas a flor de piel, haciéndome sentir cada una de ellas con cada parte de mi cuerpo; ira, miedo, odio, una y otra vez, destrozándome cada día. Y siempre sus mismas palabras, acompañadas por esa sonrisa siniestra que tanto aborrezco "Tú eres el secreto"

Cuando supe que el hombre de la corbata azul me había fragmentado, fue cuando la ira me consumió, todo mi cuerpo ardía, quería matarlo, ahorcarlo con su corbata azul siempre impecable; y aunque él sólo se reía de mí, sus ojos nunca hablaban.

-¿Qué se siente la ira?-me decía en voz baja hasta gritármelo en la cara. Yo solo podía gritar, patalear, mis manos estaban llenas de sangre de tanto clavarme las uñas en las palmas de las manos, mis labios estaban deshechos porque clavaba los dientes en ellos. Y qué hacía él, sólo me observaba, como si fuera un proyecto de ciencia que estaba estudiando a detalle. Todos los días me hacía la misma pregunta; "¿Qué se siente?"

Mi odio por él se había intensificado, incluso me odiaba a mí misma por ya no poder luchar, el miedo me consumía a tal grado de provocarme alucinaciones y paranoia, casi no hablaba, sólo gritaba por tanta ira que emanaba de mí.

Había olvidado quién era, desde el momento en que desperté en aquella cama de metal y si me preguntaban quién era yo, simplemente contestaría: ira, odio y miedo.

Descansado otra vez en la cama de metal frío, cierro los ojos y esta vez es diferente, una voz apenas perceptible me llama con lo que parece ser mi nombre.

-Ayla, Ayla- decía la voz en mi cabeza.

"Me he vuelto loca", pienso, pero la voz se escucha tan real que me permito tener algo de esperanza; trato de alcanzar la voz pero cada vez se aleja más y más de mí, la voz me guía a una puerta, me quedo ahí, temiendo si es un juego cruel del hombre de la corbata azul.

Finalmente, abro la puerta y me encuentro con una niña de 5 o 6 años que me mira y que curiosamente se parece un poco a mí, en ese momento le agradezco al techo de la habitación blanca, que me ha permitido ver mi reflejo de vez en cuando.

-Ayla- me dice la niña, muy feliz-. Ayla, ven, es hora de comer-. Sin dudar, la sigo y de repente los veo, son mis padres, lo sé y por primera vez siento una emoción diferente, siento felicidad, mi corazón late fuerte, me dan ganas de saltar, reír, bailar, dejo todo atrás y voy corriendo hacia

ellos, que también me sonríen.

Abro los ojos, me encuentro en la misma cama fría de metal, sola, pero hay algo diferente en mí, esta vez, sé que hacer.

He planeado todo, con lujo de detalle, tengo que escapar, tengo que ir con mi familia, quiero ser feliz.

Despierto en la silla de siempre, su sonrisa está frente a mí, analizándome, lo miro fijamente con odio pero el sólo se ríe, ya no me importa.

-Odio, miedo o ira, ¿Qué soy el día de hoy?- le digo

-Nunca te dije por qué estás aquí- me dice, evadiendo mi pregunta

-Eso no me importa ya, sólo empieza, no sé qué pasa conmigo ni contigo, no sé por qué estas emociones me invaden cuando estoy contigo, algo me dice que tu las provocas, ¿cómo? no sé, pero ya nada de eso importa porque me he convertido en cada una de esas emociones, no hay vuelta atrás.

-No puedo sentir nada, no ira, no odio, no miedo, nací para nunca sentir. Por eso tú eres el secreto, mi secreto, te volviste parte de mi cuando te vi en aquella feria, tan inocente, tan feliz, quién como tú que no ha experimentado nada de esas emociones cuando piensa que tiene todo en la vida, pureza, eso me atrajo a ti, no hay nada mejor que ver a alguien hundirse poco a poco, quería consumirte en las peores emociones que puede sentir el ser humano, porque no podré sentir pero si provocar cada una de ellas-termina sonriendo, la sonrisa más siniestra que me ha dedicado-. Hoy es diferente- dice más serio que nunca

Sus palabras me dejan sin habla, me cuesta digerirlas, todas las emociones que me consumieron se juntan, pero no puedo explotar ahora, todavía no. Lo miro fijamente, sin decir ni una palabra, sin expresar nada, como él.

-¿Qué se siente amar, Ayla?- sus palabras me toman por sorpresa pero por primera vez no siento nada.

Es el momento, me levanto rápidamente de la silla y la estrello contra el suelo, tomo el pedazo más filoso que encuentro, me abalanzo sobre él y se lo clavo en el estómago.

-No siento nada- le digo con una carcajada

-Mira mis ojos Ayla, así se siente -el hombre ya no me sonríe y su corbata ahora es roja.